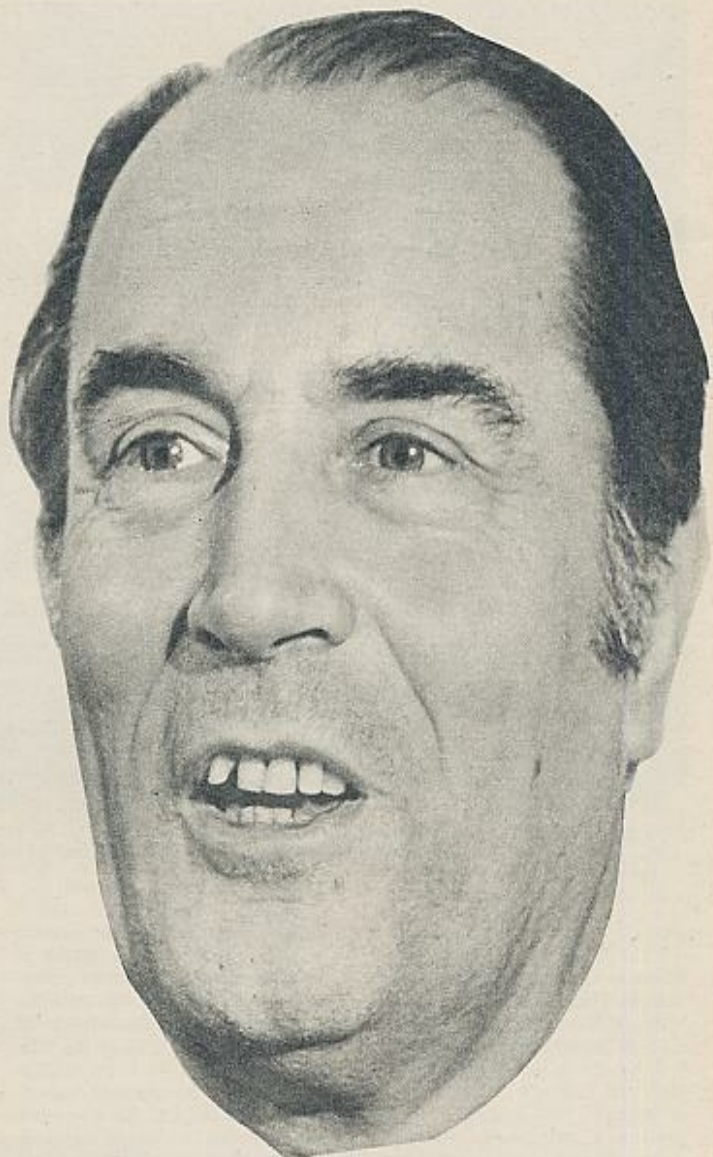


FRANÇOIS MITTERRAND:

EL MODELO FRANCES NO SE INSPIRA EN NINGUN MODELO PRE-EXISTENTE



¿CUALES son para usted los aspectos fundamentales del programa de la Izquierda Unida?

F. MITTERRAND.—Al refrendar el programa común, el Partido Socialista, el Partido Comunista y los radicales de izquierda han propuesto a los franceses una experiencia de cinco años, durante los cuales una izquierda mayoritaria tendría esencialmente los siguientes objetivos: poner término a las injusticias más irritantes, no más salarios por debajo de los mil francos, pensiones de retiro decentes y para todos, asegurarse los medios de orientar el crecimiento económico en función del interés general, nacionalización del sistema bancario, planificación democrática, crear las condiciones para que los trabajadores puedan ejercer un control en las empresas, modificar las instituciones con el fin de garantizar y reforzar las libertades individuales y de permitir que, mediante una descentralización audaz, los ciudadanos sean directamente dueños de su destino social.

● El Partido Socialista insiste en la necesidad de cambiar la vida. ¿Qué significa eso exactamente?

(La conversación transcurre en un enorme salón de un hotel situado en el bulevar Saint-Jacques, al Sur de París, donde acaba de terminar una sesión de la Convención del Partido Socialista. Mitterrand tiene el rostro tenso y pálido, palidez subrayada por el traje oscuro que viste.)

F. M.—Para nosotros, cambiar la vida significa devolver el Estado a los ciudadanos; la empresa, a los que trabajan en ella; la tierra, a los que la cultivan; las ciudades, a quienes las habitan, y el hombre, a sus opciones fundamentales. Se trata de perfilar los contornos de una sociedad a escala humana —sonríe levemente

para matizar la última frase— más justa, más fraternal, en la que se darán al hombre los medios de asumir su responsabilidad en tanto que tal. Se trata de un todo indisociable, cuya propia homogeneidad marca el carácter original de la vía francesa al socialismo.

● ¿Puede usted precisar un poco más este concepto de vía francesa al socialismo?

F. M.—Un cierto número de factores históricos han hecho que la palabra socialismo sufriese desviaciones burocráticas, centralizadoras y opresivas; tenían que ser los socialistas franceses, herederos de la Declaración de los Derechos del Hombre, quienes demostrasen, respaldados por un programa político coherente, que no sólo socialismo y libertad son conciliables, sino que, más aún, son sinónimos... El modelo francés no se inspira en ningún modelo preexistente, aunque eso no

ENTREVISTA DE ALBERTO YEBENES CON EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA FRANCES

nos ha impedido estudiar en experiencias intentadas fuera de nuestras fronteras lo que nos ha parecido interesante.

● ¿Que experiencias le han parecido más aleccionadoras?

F. M.—Puedo citar como ejemplo el caso de los ingresos en Suecia, en donde, gracias a una legislación fiscal muy eficaz, las diferencias entre los que más ganan y los que menos son notablemente menores que en otros países, o el de la existencia en Alemania e Italia de un vasto sector de economía mixta perfectamente competitivo, o el de la política urbana que viene aplicándose desde hace veinticinco años en Inglaterra...

● ¿En qué se basa el optimismo de la izquierda ante las próximas elecciones?

F. M.—Los sondeos indican que la izquierda tiene serias posibilidades de ganarlas. Eso no significa que los resultados de esos

se en un marco satisfactorio a todos aquellos que se sienten perjudicados.

● Sus adversarios dicen que no es posible poner en práctica los cambios previstos en el programa común sin llevar al país a la bancarrota. ¿Cree usted que Francia dispone de los medios para financiar las promesas contenidas en el programa?

F. M.—Basta que se proponga en Francia la menor reforma, para que la derecha se alborote y hable de sacrilegio económico. La realidad es muy otra. Nosotros somos perfectamente conscientes de que nuestra gestión va a transcurrir en una sociedad industrial avanzada, con todas las obligaciones de competitividad económica que eso acarrea. Pero volviendo a su pregunta le diré que a nivel de presupuesto estatal, las medidas que nosotros proponemos están destinadas a aumentar la capacidad adquisitiva de las capas sociales menos favorecidas (mil francos de salario mínimo, retiro a los sesenta años, etcétera). En el curso de la actual Legislatura, mil novecientos sesenta y ocho-setenta y dos, el presupuesto se ha incrementado en un treinta y tres por ciento, mien-

tras que aplicando las medidas previstas en el programa común el aumento sería del cincuenta por ciento. Así, de pasada, quiero señalarle que en el mismo espacio de tiempo, el total de gastos económicos del Estado federal americano ha progresado en un sesenta y tres por ciento. Que lo que nosotros proponemos es perfectamente realizable lo prueba el hecho de que el primer ministro, en su discurso de Provins, ha asumido compromisos del mismo orden.

• También dicen que la aplicación del programa común tendría efectos muy negativos sobre la expansión...

F. M.—También eso es falso. En primer lugar, porque las nacionalizaciones que preconizamos dejan subsistir un muy vasto sector privado, y en segundo lugar, porque nacionalizar no significa estatificar, y porque las empresas del sector público disfrutaban de una amplia autonomía, estando sometidas a normas de gestión tanto más rigurosas cuanto se trataba de empresas pertenecientes a la colectividad. (A Mitterrand parece ser que no le hace gracia que le califiquen, más o menos intencionadamente, de «florentino». Sin embargo, el gesto grave, la calma de las manos, un cierto distanciamiento, me recuerdan algún retrato de la Galería de los Oficios.) En fin, yo estoy convencido de que una nueva política económica, apoyada en un plan y en un sector público reforzado, sería capaz de poner fin al derroche actual y permitiría un crecimiento económico más rápido.

• ¿Tiene usted confianza en que el Partido Comunista respetará la regla del juego?

F. M.—La ferocidad del anticomunismo de nuestros adversarios



«Los sondeos —dice Mitterrand— indican que la izquierda tiene serias posibilidades de ganar las elecciones... No se puede negar que traducen una realidad profunda. Actualmente asistimos a la conjunción de dos movimientos: por un lado, el descontento creciente de una gran parte de la población... Por otro lado, la dinámica interna de la Unión de la Izquierda, que ha dado la posibilidad de expresarse en un marco satisfactorio a todos aquellos que se sienten perjudicados».

sólo es igualada por su esquematismo grosero. Imaginar los carros rusos en París como posible corolario de una negativa del Partido Comunista a dejar el poder después de haberlo ejercido, no puede basarse en un análisis serio de la situación internacional. Francia no tiene frontera común con ningún país comunista; una intervención militar de los soviéticos provocaría una crisis mundial que manifestamente ellos no desean. Los que así hablan, insultan con mal estilo a nuestros aliados comunistas, que

se han comprometido solemnemente ante el país sobre nociones tan poco ambiguas como las reglas de la alternancia democrática, el pluralismo de los partidos, la reforma constitucional... Es fácil imaginar la reacción de la gente contra un partido que se permitiese desgarrar de la noche al día un contrato al que se ha dado tanta publicidad... El Partido Comunista ha evolucionado, ha señalado netamente su voluntad de salir del «ghetto» en el que las relaciones internacionales, su agorafobia política y sus enemigos le habían encerrado. Nosotros tenemos el deber de ayudarle en esto, y si nosotros tenemos el derecho de pedirle garantías, él también lo tiene a pedírnoslas a nosotros.

• ¿Es usted partidario de cambios en la línea seguida hasta hoy por Francia en materia de política internacional?

F. M.—La política es una dialéctica entre lo posible y lo deseable. Esto es particularmente sensible a nivel de política internacional. Cuando hemos definido las líneas directrices de un nuevo internacionalismo, hemos intentado armonizar los condicionamientos propios de nuestro enraizamiento histórico y geográfico que limitan nuestras opciones y la fe profunda que tenemos en que la justicia internacional es la única capaz de asegurar una paz duradera.

• ¿Y en cuanto a los bloques?

F. M.—Nosotros somos contrarios a su existencia, pero creo

que Francia sólo debe renunciar a sus compromisos atlánticos el día que se instaure un sistema de seguridad colectiva —me habla con voz persuasiva, sin vacilaciones, sin crispación—. Un Gobierno de izquierda trabajaría en la profundización política de Europa, a fin de que la zona de libre cambio no sea sino una etapa y no un fin. También dedicaría especial atención al Tercer Mundo, y preconizaría una política más generosa, basada en el multilateralismo y volviendo la espalda a todo lo que supusiera vestigio del pacto colonial; en ese sentido, se propondría una política específica de relaciones económicas internacionales y del sistema monetario internacional en favor de los países subdesarrollados.

• ¿Y España?

F. M.—En sus relaciones con España, un Gobierno de izquierda tendría que asumir las realidades geográficas, económicas y humanas; se dedicaría de manera estricta a desarrollar relaciones de buena vecindad... aunque no fuera más que por la tradicional amistad del pueblo francés por el pueblo español.

• ¿Y sobre España y el Mercado Común?

F. M.—Teniendo en cuenta la naturaleza del régimen político español y los principios que presiden la construcción europea, la asociación y, a fortiori, la cuestión de la integración de España en el Mercado Común aún me parecen, hoy por hoy, fuera de lugar.



François Mitterrand, acompañado de su esposa, vota en Chateau Chillon, su municipio, en las elecciones presidenciales que le enfrentaron al general De Gaulle...